

SAAVEDRA, Ángel de (Duque de Rivas). *Antología lírica*. Ed. Pedro Ruiz Pérez. Colección Encuentro en Rivas. Rivas-Vaciamadrid: Ayuntamiento, 2003. 254 pp. (ISBN: 84-932802-1-6)

“La función de una antología, además de esbozar un perfil de la obra, debe ser motivar nuevas experiencias de lectura”. (65) Esta breve sentencia que cierra el estudio preliminar resume de manera concisa el objetivo planteado por Pedro Ruiz Pérez, profesor de la Universidad de Córdoba, a través de la edición de la, hasta ahora, tan inaccesible poesía de Ángel de Saavedra, duque de Rivas.

En efecto, este volumen publicado en 2003 gracias a la iniciativa del ayuntamiento de Rivas-Vaciamadrid, supone un paso adelante en los estudios relacionados con la historia literaria de la primera mitad del siglo XIX, ya que se trata de un corpus que no había sido editado desde 1957, fecha en que salieron a la luz las obras completas del Duque en la BAE. Hasta el momento, la crítica ha centrado casi exclusivamente su atención en sus obras dramáticas y narrativas, sobre todo en *Don Álvaro*, los *Romances históricos* y, en menor medida, en *El moro expósito*, con lo que buena parte de la producción lírica de uno de los autores más consolidados de las letras castellanas apenas se ha tenido en cuenta.

Así pues, retomando la sentencia a la que aludíamos unas líneas más arriba, se puede decir que esta antología cumple dos objetivos claramente definidos. El primero de ellos es el de proporcionar al lector una visión general de la obra del duque de Rivas. Esta obra, dadas su magnitud (abarca cinco décadas) y la sensibilidad del autor hacia las nuevas tendencias, ayudará a comprender la naturaleza del proceso evolutivo que se produjo en nuestras letras desde la estabilidad del sistema clásico a la moda romántica y, sucesivamente, al asentamiento de una estética burguesa generalizada como “realismo”. Efectivamente, la novedosa ordenación cronológica de la recopilación proporciona una nueva lectura de la historia literaria de la primera mitad del XIX. Historia que no puede ser concebida como un conjunto de compartimentos estanco que nada tienen que ver entre sí: las rupturas son siempre artificiales; por el contrario, la literatura es una evolución constante y continua, de la que las influencias de otros países y el panorama político-social no pueden ser desligadas. Y todo ello, sin lugar a dudas, hará que el lector de esta antología sienta el deseo de enfrentarse a nuevos textos, lo cual cumplirá el segundo objetivo propuesto por el autor: “motivar nuevas experiencias de lectura.”

La antología presenta un recorrido pormenorizado por las distintas etapas vitales del Duque de Rivas. Para ello, siguiendo la clasificación de Vicente Lloréns en su estudio del romanticismo español, el editor propone cinco momentos cruciales en la bio-bibliografía del autor: “la etapa de juventud”, “el exilio”, “del romanticismo exaltado al liberalismo moderado”, “la década moderada” y “los últimos años”.

La etapa de juventud recoge las poesías escritas durante su período de formación; período en el que el autor asume los principios neoclásicos e inicia su escritura en el seguimiento de los mismos. Sus primeras muestras líricas, en el volumen

gaditano de 1814, aparecieron por primera vez bajo el título de *Poetas*. La mayor parte son ejercicios de estilo a imitación de autores clásicos como Horacio, Garcilaso, Herrera o fray Luis. En 1820 y 1821 publica dos nuevos volúmenes en Madrid. En el primero aparecen algunas de las poesías líricas ya publicadas junto a otras no incluidas en el volumen de 1814, además de composiciones escritas entre las dos fechas. Todas ellas mantienen la misma línea clasicista de “imitación y desarrollo de modelos reconocibles y reconocidos por su prestigio, mostrando un dominio técnico cada vez mayor, sobre todo en la faceta versificadora, pero sin aportar ningún elemento destacado de singularidad ni una apertura sensible a los nuevos aires que corrían por la poesía europea” (35). En el segundo volumen, por el contrario, sí encontramos nuevas composiciones, como *El paso honroso*, que la crítica ha querido ver con posteridad como una de las primeras manifestaciones de la nueva estética romántica en España. Tal y como apunta el profesor Ruiz Pérez, quizá las motivaciones que movieron a Ángel de Saavedra a componer este canto épico no fueran estrictamente lo que hoy entendemos por románticas, pero sí es cierto que son una manifestación de cómo desde el tono más puramente neoclásico se da una natural y progresiva inclinación hacia un tono más levantado y ampuloso, “de donde puede surgir el principio de disolución del sistema clásico, con su determinación de géneros y su exacta vinculación a materias y estilos” (37).

Durante el exilio, las obras que priman son aquellas en las que su autor idealiza su Córdoba natal: “ello le permite expresar al tiempo su sentimiento subjetivo del destierro como experiencia vital y objetivar el sentido de la historia nacional en una dialéctica con un pasado, el del esplendor musulmán y medieval (naturalmente, idealizados con tonos muy positivos), que conecta simultáneamente con el nacionalismo y con el exotismo exaltados por el romanticismo” (40). Durante estos diez años tan solo publica a través de colaboraciones en revistas de emigrados; sin embargo, es en este momento cuando se gestan algunas de las que serán consideradas sus obras más importantes, como *El moro expósito* (“verdadera enciclopedia de elementos románticos”, 47) o los *Romances históricos*. Son los primeros acercamientos al sentimentalismo y a las nuevas formas de expresión, “pero también se culmina en este campo el proceso de decantación y abandono de la actitud romántica en su forma más exaltada o específica” (41). Se da, por tanto, el cierre de una etapa y el inicio de otra.

El siguiente período descrito por el profesor Ruiz Pérez comprende la década entre 1834 y 1844. Durante este lapso de tiempo, la vida de Ángel de Saavedra dará un giro, convirtiéndose en una de las figuras más destacadas del panorama político-social español: hereda el título ducal, se reincorpora a la política y pasa a formar parte de distintas academias. Además, publica las obras escritas durante el exilio y estrena, con gran éxito, *Don Álvaro o la fuerza del sino*. “El Duque asume una dualidad característica en gran parte del romanticismo español: la contradicción entre unas formas novedosas y una actitud de fuerte componente tradicionalista” (47).

En esta actitud se moverá el autor durante un breve número de años para, una vez abandonadas las formas, situarse en la estética e ideología isabelinas, que mantendrá con ligeras oscilaciones hasta el final de su producción.

Desde 1844 hasta la primera edición de sus obras completas, en 1854, su poesía se convierte “más que en una expresión de la efusión íntima, en un arma de batalla o en un instrumento, en el juego social y político, con la consiguiente deriva en el plano formal hacia formas menos connotadas románticamente y mejor definidas desde el punto de vista retórico y pragmático, en una perfecta conjunción de sus bien consolidadas bases clasicistas y las exigencias de la poesía en el nuevo mundo burgués” (54). Ya después de su marcha a Nápoles, tan solo escribirá veintitrés poemas, que en su mayoría están vinculados a ámbitos sociales restringidos y elitistas. Por otro lado, el nacionalismo de los romances se continuará en las *Leyendas* (escritas entre 1847 y 1854), en las que la sentimentalidad religiosa ocupa el lugar del heroísmo épico.

Por último, en la década final de su vida, Ángel de Saavedra prácticamente abandonará la escritura: “apenas firma dos poemas, ambos circunstanciales y extremadamente significativos de la actitud y el significado de su obra literaria” (60). Se trata de dos romances: el primero es un juego de sociedad, el segundo, un canto patriótico. A pesar de que, aparentemente, estas composiciones se sitúan en extremos contrapuestos, “los dos textos ofrecen dos facetas complementarias de una misma imagen: la de una poesía de circunstancias, concebida para una sociedad determinada, donde priman los valores de clase, los cuales, al presentarse en una dimensión pública, se revisten con el carácter de un nacionalismo cuyas últimas manifestaciones se alcanzan en las guerras coloniales que conducirán al desastre de fin de siglo” (61).

Tal y como señala Ruiz Pérez, “la variedad de registros y de formas, el espacio concedido a elementos de viva sensibilidad y la selección de motivos de amplia vigencia hacen del conjunto de composiciones [...] un material poético necesitado de relectura, pendiente aún de una adecuada valoración, que, sin duda, tampoco puede realizarse con total acierto al margen del resto de la trayectoria del poeta” (64). Es cierto que en distintos momentos de su vida, el Duque elegirá diferentes modelos de imitación (período clásico frente al período romántico o al isabelino); no obstante, debemos ser conscientes de que todos ellos son expresión de “un mundo determinado, de una sensibilidad particular” (64). El máximo valor de este escritor es, por tanto, el de abrir las puertas de una nueva escritura que marcará el rumbo de la historia literaria posterior.

En cuanto a la edición cabe decir que, aunque Ruiz Pérez propone como punto de partida una ordenación cronológica de las obras (frente a editores anteriores que solo tenían en cuenta el volumen en que habían sido editadas, pero no el momento en que fueron escritas), toma como texto base el propuesto por Jorge Campos en 1957 en la Biblioteca de Autores Españoles. Cada poema va precedido de una breve introducción en la que se contextualiza el poema y se dan posibles claves de lectura que resultan muy interesantes. Dada la intención explícita del editor de no in-

terrumpir la lectura, las notas al pie solo aparecen en los casos más imprescindibles.

Al final del cuerpo de la antología, aparece un apéndice con una breve selección de modalidades poéticas más propiamente románticas, un fragmento de *El moro expósito*, un pasaje lírico de *Don Álvaro* y unas muestras de los *Romances históricos*, con el fin de que la imagen del autor proporcionada por estas páginas no resulte limitada. Además, el lector encontrará una amplia y útil cronología sobre el período histórico-social en que vivió y escribió el duque de Rivas, donde se detallan, casi año por año, desde su nacimiento en 1791 hasta su muerte en 1865, los hechos nacionales y europeos más importantes en el panorama histórico, político y cultural y en el panorama personal del autor. Finalmente, en las últimas páginas del volumen se ha incluido una sugerente bibliografía en la que aparecen las principales ediciones, antologías y estudios sobre la poesía del duque de Rivas y sobre estudios generales acerca del romanticismo.

No creo que sea esta una obra destinada exclusivamente a un público especializado; más bien al contrario, dados el lugar de edición y lo diáfano de su estilo, me parece que puede resultar interesante y accesible a cualquier lector interesado en conocer con cierta profundidad la obra de este autor y su época. De hecho, tal y como señala Pedro Ruiz Pérez, nos encontramos ante una figura que, gracias a su posición social, “vive intensamente todos los avatares ideológicos y políticos del período, pudiendo servir en toda su extensión como emblema del devenir histórico de la España de la primera mitad del siglo XIX” (30). Ángel de Saavedra no debe interesarnos, por tanto, solo como testimonio de una época, igual de importante me parece que, a través de la lectura de su obra lírica aquí editada, comprendamos, una vez más, que la historia literaria no es una historia de rupturas, sino de continuidades.

Teresa Choperena
Universidad de Navarra

INSAUSTI, Gabriel. *Tras las huellas de Huston: La jungla de asfalto*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias. 2004. 246 pp. (ISBN: 8484691276).

La editorial EIUNSA estrena su colección de monográficos de películas con un excelente estudio de Gabriel Insausti sobre *La jungla de asfalto* (1950), uno de los indiscutibles clásicos firmados por John Huston. Los lectores que conozcan la trayectoria del poeta y profesor guipuzcoano tal vez se sorprendan por su incursión en un proyecto de esta índole, pero no quedarán en absoluto decepcionados tras la lectura, pues Insausti se introduce con maestría en los estudios cinematográficos. Además de contar con una minuciosa documentación, abundan en estas casi 250 páginas los certeros juicios y comentarios personales, y en todo momento se adivina la pasión del escritor por la película de Huston: un cineasta que poseía un vasto conocimiento del arte pictórico, literario y, por descontado, cinematográfico. Sirva este apunte para mencionar que uno de los logros del trabajo radica en que Insausti